

# CLAUDIA CARDINALE

## CUENTA TODO DE C.C.

"La timidez hasta me hace ser ronca"

**S**E ha logrado cambiar a la pequeña salvaje, retraída y desafiada, como era en 1957 cuando salió de Túnez, en una estrella sonriente y elegante. Pero por dentro, Claudia Cardinale no ha cambiado. «Continúo teniendo miedo de la gente como la primera vez que entré en un salón. Solamente que ahora he aprendido a ocultarlo». Confiesa Claudia. Y, como entonces, su defensa instintiva es el silencio.

Quien se acerca a ella en una de las pocas fiestas o recepciones a las que se le obliga a acudir por necesidad profesional, queda desilusionado y desconcertado por su obstinado mutismo: se sienta en el rincón más tranquilo y responde con sonrisas corteses a quien la dirige la palabra. «Cuando en rededor mío se mueve toda esta gente en «smoking» murmurando palabras vacías, siento dentro de mí un extraño impulso que me haría gritar como un tigre y romperlo todo, cristalería y espejos de Bohemia. Es el espíritu salvaje que despierta...»

Ahora, que se encuentra en Cortina rodando «Pantera rosa», no pasa un día sin que un camarero de guante blanco le presente sobre una bandeja de plata un par de invitaciones de parte de condes o marqueses o millonarios milaneses para que acuda a una de sus fiestas mundanas en lujosas villas.

No solamente Claudia no acepta, sino que haciendo girar entre sus dedos las cartulinas impresas, se pregunta: «¿Pero por qué me invitan? ¿Para qué voy a ir? ¿Qué voy a decir a esta gente que no conozco?»

### "me aburren terriblemente"

No es verdad que Claudia Cardinale sea una muchacha que no le guste divertirse, bailar, bromear; pero sólo es capaz de hacerlo con personas que conozca desde mucho, amigos con los que tenga intimidad. «Es esta la razón por la que no

voy nunca a los night-clubs. Me aburren mucho porque estoy constantemente a la defensiva. Instintivamente considero enemigos a todos los que no son mis amigos. Así que vivo en un mundo lleno de enemigos. Y cuando tengo que entrar en un restaurante pasando a través de una barrera de cien ojos, es como si caminase por un campo minado. Dicen que se trata de una falta de seguridad en mí misma. Yo creo que es timidez.»

Los médicos han llegado hasta atribuir a la timidez su voz ronca y sorda: «Dicen que es la consecuencia de haber hablado siempre muy poco y en voz muy baja cuando era pequeña», explica Claudia. «Efectivamente, creo que no he gritado, ni siendo niña. Era muy callada y decía las palabras en voz baja. Así que las cuerdas bucales se me han atrofiado y ahora tengo esta voz ronca.»

El comportamiento de C. C. es diametralmente opuesto al normal en una actriz: todos sus esfuerzos tienden a no hacerse notar. En estos días, en Cortina, para interpretar el film, se le han asignado a Claudia dos dobles, una para las escenas peligrosas y otra para las escenas más difíciles con esquí. Salen las tres vestidas iguales, con pantalones, jerseys y botas del mismo color: pero Claudia deja que sean las otras dos las que vayan delante, esperando que así la gente no se fije en ella.

Es la primera vez que se pone en los pies los esquís. A pesar de lo cual es una alumna brillante y hace rápidos progresos, muchos más de los que hacen sus compañeros de reparto: David Niven, Capucine o Robert Wagner, que se han revelado como pésimos esquiadores. Aunque el termómetro marque quince bajo cero, Claudia está todas las mañanas ejercitándose en las pistas de Pocol: la mayor parte del tiempo, en

SIGUE

Claudia Cardinale en Cortina d'Ampezzo durante un descanso en el rodaje de «Pantera rosa».





Desde hace un par de años, Claudia Cardinale aparece en las portadas de casi todas las revistas gráficas. Es una de las jóvenes actrices más importantes del cine mundial. Toda una película —«La chica con la maleta», de Valerio Zurlini— fue concebida para lanzarla como estrella. Y C. C. supo aprovechar esa gran oportunidad.

CLAUDIA  
CARDINALE



Karsh es un famoso fotógrafo canadiense, cuya especialidad radica, principalmente, en retratar princesas y presidentes. Así ha visto él a Claudia Cardinale.



La expresión soñadora de C. C. ha sido captada acertadamente en estas fotografías. El rostro de la joven actriz no puede esconder su ascendencia africana. A los veintitrés años, la Cardinale se ha convertido en una de las primeras estrellas del cine mundial, y sus interpretaciones producen muchísimas divisas a Italia.

verdad, lo pasa cayéndose por las suaves pendientes. Pero con gran voluntad se levanta y prosigue.

Voluntad, he aquí la gran arma en el éxito de Claudia. También hace poco ha vencido en una de las más difíciles batallas, precisamente empleando a fondo toda su carga de voluntad: su Pígalión, el productor Franco Cristaldi, le dijo hace unos meses que ya era hora de enfrentarse con el doblaje. Para Claudia Cardinale que tiene una voz ronca por miedo de hablar, era una empresa casi desesperada, absurda. Pero se ha dedicado a hacer ejercicios de dicción, ha pasado días enteros paseando en su jardín recitando en voz alta páginas y páginas de los guiones.

### **cristaldi: un hombre que aprecio**

Cuando alguien hablando de Cristaldi y de ella, evoca la imagen de Pígalión de Shaw y de la florista transformada en gran señora, Claudia Cardinale sonríe con un aire enfadado: «Cristaldi ha contribuido ciertamente a mi éxito. Es, sin duda, el artífice de mi transformación, fue él quien de una muchacha arisca sacó una actriz. No sé si se le puede considerar como un Pígalión, pero lo que sé es que siento reconocimiento hacia él, como le pasaba al personaje de la comedia de Shaw.»

Hace tiempo, un periódico habló del matrimonio entre el productor y la actriz. «Eso es absurdo», comenta Claudia levantando los hombros con un movimiento brusco e irritado. «Ciertamente Cristaldi no es para mí solamente un productor que me paga un sueldo y al que estoy unida por un contrato. Pero los sentimientos que siento hacia él, sobre todos, son de afecto y reconocimiento. Y, en fin, es un amigo que me ha ayudado mucho.»

Los rumores de que entre Cristaldi y la Cardinale existían lazos sentimentales, parecían haber encontrado confirmación en la inesperada decisión de la actriz de renovar el contrato con la productora Vides. Una actriz que ya ha llegado a cotizarse internacionalmente no tendría necesidad de anclarse en un contrato de exclusividad: para esta película se dice que percibirá noventa millones de liras, y por el film de Fellini ha cobrado un millón por día. En cambio, el contrato con Cristaldi le garantiza sólo un millón al mes y una prima por cada película acabada.

Pero Claudia no ha olvidado que Cristaldi ha tenido fe en ella cuando era aún una muchacha desconocida: le daba 120.000 liras el mes y le pagaba todos los gastos. «He renovado el contrato porque tengo miedo de enfrentarme con gente, de discutir de negocios», dice la Cardinale, «prefiero que haya alguien que se ocupe de mis asuntos porque de otra forma, por timidez o por desconfianza, acabaría por encerrarme en mi cascarón.»

### **"no estoy teleguiada"**

Sin embargo, hay algo que le enfada mucho a Claudia: oír a la gente que habla de la «operación Cardinale», de la fabricación y lanzamiento de una actriz en términos casi matemáticos. «Si es verdad que Glenn se ha convertido en alguien por haberse metido en una cápsula espacial teleguiada por los cerebros matemáticos de los sabios —dice con resentimiento Claudia— también es verdad que la idea de meterme en una cápsula y lanzarme al cine no me entusiasma. Cristaldi me ha ayudado a ser una actriz, pero yo no he sido un objeto pasivo en sus experimentos.»

Tampoco le agrada a Claudia leer en los periódicos: su definición como una joven fría y calculadora, incapaz de ningún impulso sentimental.

«¿Por qué me han de considerar una muchacha sin amores y sin amor? —Protesta Claudia Cardinale—. Sólo tengo veintitrés años y tengo ante mí mucho tiempo para enamorarme, para casarme, para tener hijos. De momento, mi principal preocupación es el trabajo, pero esto no significa que no pueda experimentar simpatías y afectos. Sólo, que hasta ahora no han tenido tal intensidad como para poderse interferir en mi trabajo, que permanece estando en el primer lugar de mis proyectos. Por lo demás, detesto los flirts y los amoríos: el día que me enamore será una gran pasión y, por tanto, espero que no llegue muy pronto porque podría perjudicar mi carrera.»

No es, por tanto, absolutamente verdad que el contrato que la une a Cristaldi comprenda cláusulas limitativas de su vida sentimental; no es cierto que la impida enamorarse y casarse... Hay una única cláusula que influye en su vida particular y que dice: «Se compromete a tener en su vida privada un comportamiento que no dañe su dignidad profesional y no constituya materia de escándalo.»

«Me considero una chica feliz y afortunada —dice Claudia con una sonrisa dulce y convencida—. Tengo veintitrés años y he alcanzado ya lo que muchas chicas esperan en vano toda su vida. Es verdad que yo espero otras cosas de la vida: un marido, hijos... Pero estoy segura que vendrán.»

Claudia no cree en los horóscopos, pero ya en Túnez un adivino le había anunciado una gran fortuna y éxito, deduciéndolo de una especial conjunción de Aries, constelación bajo la que ha nacido, con otros planetas. Claudia ha completado recientemente su felicidad cuando toda su familia se ha reunido en Roma y se ha instalado en una gran villa, en Castel Giubileo, a unos quince kilómetros de Roma.

### **"bailo con el juke-box"**

«No es la villa de una artista, no tiene piscina, es sólo una casa grande, suficiente para albergar a toda la tribu: padres, hermanos, hermanas, secretaria, sirvientes, perros. Está cerca el tren y me divierte sentarme en la terraza a mirar los trenes que pasan. Vienen a buscarme poquísimas personas porque no tengo muchos amigos; es tan difícil romper este muro de hielo que me separa de los demás...»

Claudia se interrumpe para escuchar con atención a Carolina, su secretaria, que le enumera todas las cosas que ha de hacer antes de la noche: prueba del equipo de esquí, entrevista con la radio suiza, repasar el guión, telefonar al director del próximo film, rodar tres escenas de la película actual, prueba del vestido de noche, cena con productores norteamericanos...

«Ver gente, tener que hablar, fingir interés, es terrible —dice—. Lo acepto porque sé que todo esto es necesario a mi trabajo. No creo que ser una actriz limite mi libertad personal: me he acostumbrado ya a esta forma de ser. En esta lista de asuntos sólo me interesan dos: lo que he de rodar y a qué hora terminará la cena con los americanos. Si no es muy tarde, bajaré al bar con dos o tres amigos y bailaremos con el «juke-box». A condición de que en el bar no haya nadie; si hay gente sentiré las piernas paralizadas y la voz se me hará más ronca que de costumbre...»

GIANFRANCO POGGI